

menester advertir á la marquesa de tal modo que no pudiera dejar de atender el aviso. Una intervención alcanzaría ciertamente buen resultado : la del conde Varegnana. Era su primo. Desde el instante en que fuese á afirmarle la falsedad del cuadro con una prueba incontestable, no tendría más remedio que inclinarse. La sola cuestión era la de obtener de ella el silencio respecto del desgraciado Courmansel y del futuro suegro de éste. Varegnana se interesaba demasiado por Cristina para no obtener de su pariente que se hiciera nuestra cómplice en la protección de la dicha de los jóvenes. Bastaría que la señora Ariosti pretextase un cambio de idea diciendo á los señores Boudrón y Ralph Kennedy que ya no quería vender el cuadro. ¡ Tenía yo tal deseo de cumplir con mi deber de veracidad sin que costara lágrimas á la novia del crítico, tan sincera pero tan grotescamente engañado ! La esperanza llegó á ser certidumbre en mi espíritu. Me apresuré á concluir mi solitaria cena y minutos más tarde llamaba á la puerta, ya cerrada, del palacio Varegnana. Si el conde hubiera estado ausente, hubiese yo visto en ello el más funesto de los presagios. Se acogen en el espíritu estas supersticiones cuando se desea con anhelo el éxito de una empresa, y la tarde de vacilaciones me había dado la fiebre del hombre que quiere á toda costa lograr lo que desea.

IX

EL amable gran señor — *il schiccoso Mecenate dell' Aristocrazia Milanese*, como le llamaban los diarios locales, — había interrumpido la cena para salir á mi encuentro. La deshora de mi visita le hacía temer que un incidente desagradable fuera causa de ello. Los italianos de buena raza como él, tienen á gala que el extranjero, de paso por su país, no tropiece con ninguna dificultad. Lo consideran como un huésped personal; tanto cariño profesan á su patria. Tienen para ella el amor propio que nosotros para nuestro hogar. El conde pareció aliviado de un gran peso cuando contesté á su cariñosa pregunta :

— No, querido conde, no tengo que quejarme de nada ni de nadie. Se trata de oponerse á que una persona de la familia de usted cometa, sin darse cuenta, por cierto, una de esas acciones que se sienten durante toda la vida. Me refiero á la marquesa de Ariosti...

Y resueltamente, sin otro preámbulo, empecé á contarle todo : mi encuentro dos días antes con Jorge Courmansel, la velada con los Boudrón, cómo me pareció que las relaciones entre el futuro suegro y yerno eran muy tirantes, la visita á casa de la señora Ariosti, la presencia allí del segundo comprador invitado, con seguridad, á causa de nuestra visita, mi curiosidad por ver el famoso retrato que consagraba definitivamente la existencia del *Amico di Solario* y el golpe de sorpresa que me había hecho quedar inmóvil delante de él. Añadí dónde y cuándo había fabricado yo este falso cuadro, fantásticamente colocado en el rango de obra maestra por la torpeza de mi infeliz compatriota. Á medida que hablaba veía esta noble fisonomía, de ordinario tan amena,

animarse con una sonrisa en la cual había tanta ironía como admiración. El dueño del Leonardo desbautizado estaba tomando su desquite al mismo tiempo que el humorista de buena sociedad no podía menos de divertirse oyendo esta peregrina historia.

— ¿Así es que el *Amico di Solaro* es usted, mi querido comendador?... Me daba el título de mi condecoración, al uso de su país... ¡Es delicioso!... Y repitió: ¡Es delicioso!... Usted recordará que le dije: me extraña que Pappalardo haya legado una cosa buena á mi prima. Había sido parásito en casa de ellos durante toda la vida, y parásito mortificado. Alimentado y burlado son dos motivos de rencor. ¡*Per Bacco!* Este legado ha sido su venganza. Está usted convencido de que sabía que era falso. Entendía de ello mucho más que yo, puesto que me he dejado engañar... ¡Ah! es la culpa de mi viejo amigo Morelli. Este terrible hombre me ha dado demasiadas lecciones de duda. Parece que estoy oyendo su voz sarcástica cuando me exaltaba delante de él acerca de un lienzo: « El entusiasmo no es un método, » me decía y citaba la frase de vuestro Labruyere que ha inscrito en forma de epígrafe en la primera página de sus *Pinlores italianos*: « En las cosas de este mundo, casi todo se reduce á una cuestión de método... » Usted comprende, este Courmannel con su método me ha intimidado también, me ha sugestionado... Hago mal en decirlo ahora; pero nunca he estado muy tranquilo al mirar ese retrato de la pretendida Genoveva... Por cierto que, ya que esta pintura es suya, querido comendador, no estaba tan descaminado al admirarla... Solamente á partir de hoy pongo bajo llave á todos los Morelli, Frizzoni y Bereson, ya no vuelvo á leer á ningún crítico de arte, ni los escucho. No creo más que en las atribuciones legendarias. Para mí todos Giorgione, son Giorgione; todos los Leonardos, Leonardos, empezando por el mío... Usted me va á decir: ¿Y la carta de monseñor Pierrotto? ¿Y la nota añadida al notario ferrarés?... ¡Nada! Se lo repito, no escucho nada... ¡Je! ¡je! terminó riendo en alta voz y alegremente. ¿Eh? mi dama ha vuelto á encontrar su pintor. ¡Qué contenta se habrá puesto en el otro mundo!...

— ¡Y mi pobre Genoveva ha perdido el suyo!...

contesté dejándome contagiar por esta comunicativa y endiablada risa. Pero, añadí: « es preciso que ni el Boudrón pierda sus cincuenta mil francos y tampoco es menester que la señorita Cristina pierda el marido, ya que ama á ese pobre Courmannel que después de todo es un excelente hombre, y cuento con usted para arreglarlo todo.

« Sea » contestó después de exponerle yo el proyecto esbozado en presencia de la menestra de la *trattoria*. Mañana por la mañana iré á casa de mi prima. Está usted tranquilo. Bien se guardará ella de contar que Pappalardo le ha hecho esta mala pasada. Es hábil. Hallará el medio de evitar al Boudrón y al Ralf Kennedy. Después nos encargaremos, usted ó yo de avisar suavemente al Courmannel, que saldrá del paso no publicando su libro acerca de Cristóforo Saroinno, el cual no ha existido nunca ciertamente... ¡Ah! ¡pero la cosa tiene gracia! ¡Ya lo creo!... En una hermosa noche, durante su luna de miel, contará la historia de su plancha á su mujer, la cual le besará muy tiernamente para consolarle... Esta aventura le hará más modesto y se contentará con no escribir acerca del arte, como hacían nuestros antepasados y razón tenían, ni volver á inventar *alunni, fratelli, Bonifazio primo, secondo y terzo*. — Vuelva usted mañana á las doce, ¿quiere usted? almorzaremos juntos. Mi cocinero guisará un verdadero *risotto*. Ya todo estará concluido y comeremos alegremente, riéndonos de esta prodigiosa aventura. ¡Qué artista en venganzas el tal Pappalardo!... Si hubiera usted leído como yo el trozo del testamento: *A mis queridos parientes y amigos, el ilustrísimo marqués de Ariosti y su digna esposa, en cambio de las atenciones tan delicadas que han tenido siempre para mí...* ¡Es menester decir que lo trataban!... Un día le preguntó delante de mí si les agradaría el tener su retrato que uno de nuestros pintores iba á empezar. Estoy viéndole mientras miraba á los muros de este salón, diciendo: Tiene usted tantas cosas bonitas, que no sé dónde lo pondrá usted. — Pues en la mesa, querido amigo... en la mesa, contestó Ariosti... No han tenido el retrato de Pappalardo, pero sí el de Ginebra, el modelo de usted... ¡Ah! ¡Es una

broma de princesa!... Pero usted tiene razón, no debe legar á la estafa... *Ciaó*...

Había tan buen humor en el gesto de despedida esbozado por el dueño del Leonardo en visperas de ser rehabilitado y en su *ciaó* (*schiavo-serviteur*) pronunciado á la milanese, que no dudé un momento ni de su gestión ni del éxito. Así es que quedé penosamente impresionado al otro día cuando llegué á las doce y lo hallé yendo y viniendo por los salones con una fisonomía que no le había visto nunca. Sus atavismos apasionados se habían despertado. Sus facciones enérgicas, suavizadas de ordinario por la urbanidad, se acentuaban con un relieve extraño. Su nariz de águila parecía que se estaba encorvando de cólera, sus ojos oscuros brillaban con sombrío fuego en su faz roja, y su cumplida cortesía cayó esta vez en falta, pues me acogió con una semi-rudeza de la cual por cierto se excusó en seguida :

— ¡Ah! señor Monfrey. ¿Por qué no habló usted ayer cuando conoció el cuadro? ¡Me hubiera evitado esta escena odiosa, la más odiosa á que he asistido en mi vida y tengo setenta años!... Pero, perdón, tenía usted sus motivos. No podía usted suponer que su silencio fuera interpretado de este modo... He visto á la marquesa, prosiguió; de su casa vengo... Empecé á contarle su visita y su confidencia... Desde las primeras palabras me interrumpió con esta simple frase: — No lo tenía á usted por tan simple, Uccio. — ¿Simple? contesté... — Sin embargo bien claro está, insistió ella. El señor Monfrey ha venido aquí con el señor Courmannel. Han encontrado al señor Kennedy. Comprendieron que era inminente la venta. Entre ambos han inventado este medio para impedirla. Vamos, ¿Puede usted admitir que el señor Monfrey, al conocer este retrato de mujer como obra suya, se haya callado?... Sólo la sorpresa le hubiera arrancado un grito, una frase, un gesto... ¡Ay, qué bien hice en no permitir que el señor Courmannel lo fotografiara. El plan de ellos era sencillo : afirmar que el cuadro era falso, y hacerlo comprar por un intermediario con rebaja. Luego, nueva maniobra : el señor Monfrey declararía que se había equivocado; que se rinde á las razones del señor Courmannel. Por que ambos compadres

tienen bastante astucia para aparentar no entenderse. Ya han empezado... »

— ¿Ha pensado eso de mí? interrumpí dolorosamente. ¡Ah, tenía usted razón!... ¡Si hubiera hablado en seguida!...

— Se hubiera visto más cohibida para acusarlo, interrumpió el conde moviendo la cabeza; pero ella y su Berto hubieran, con todo, encontrado algún medio para mantener el precio del falso cuadro.

— ¿Luego usted cree?...

— Sí, que sabía su falsedad, replicó él. Perfectamente. He adquirido hoy la convicción de ello y usted también la hubiera adquirido; se lo afirmo, si la hubiera usted visto exclamar levantando al cielo sus miradas :

« — ¿Y nuestro querido Pappalardo nos hubiera legado un cuadro falso, él que tan entendido era, él que tanto nos amaba? » — ¡Se ha atrevido á pronunciar esta frase delante de mí, que tantas veces les he reprochado su dureza hacia este pariente pobre! Y ella prosiguió : — ¡Eso es insultar su memoria! y usted Uccio, ¡usted también. ¡Ah! No lo comprendo... — Entonces me faltó la paciencia. Le he dicho unas cuantas verdades duramente. Le he repetido quien era usted; que yo me hacía responsable de su honor y que si ella vendía el cuadro como auténtico, después de su afirmación de usted, cometería un verdadero robo... se irguió fieramente; Barnavo Visconti no es más orgulloso en la estatua ecuestre de su monumento. — Uccio, usted insulta á una mujer sin defensa, á una pobre viuda abandonada, ¡eso es cobarde!... Y todo porque usted no se puede consolar de haberse cubierto de ridículo al tomar una mala copia por un Leonardo... — En esto entró San Cataldo, sin llamar, como Pedro por su casa. Con seguridad lo había oído todo detrás de la puerta, porque estaba muy pálido. Entregó á la marquesa una tarjeta de visita. En seguida calculé que era la del americano, por la mirada que ella me lanzó y el acento que olía á desafío con el cual dijo : — Está bien. Diga usted que me espere en el gabinete. — Si alguna vez el término de nuestro idioma que significa despedirse : *levar l'incommodo*, ha sido justo, fué para mí cuando me levanté para marcharme. Estaba de tal modo

irritado que temía á mi propia cólera... ¡Y aquí me tiene usted! Pero Milán entero sabrá mañana lo que ocurre. La señora Ariosti no venderá su cuadro y su infamia será dada á conocer. ¡Me importa poco que sea viuda! ¡Todo me es igual!... El robo no ha de consumarse mientras viva yo...

— Por muy bueno que sea su cocinero, querido éonde, contesté, haré mejor renunciando al risotto y correr á escape en busca del señor Kennedy. Si verdaderamente la tarjeta era suya, no hay que perder tiempo. Por el modo con que le ha recibido á usted la marquesa, es capaz de precipitar el asunto, en un dos por tres. ¿Y quién sabe? Puede que el americano ya se haya puesto en camino, — ¿y para dónde? — con el cuadro que se lleva en su automóvil creyéndose que está despojando á Italia de una obra maestra...

— Tiene usted razón, dijo mi huésped. Pero usted me debe una compensación. Lo espero para cenar esta noche á las siete y media. Beberemos una copa de vino de Asti á la salud de la dama que habia perdido á su Leonardo... Cae de su peso que si me necesita usted para este asunto antes, me hallará usted en casa toda la tarde. No estaré para nadie más que para usted... La Ariosti es mi prima, después de todo, y es una mujer. Si el Kennedy y el Boudrón se salvan de sus garras, el resto importa poco. Courmansel es un hombre honrado. Hará lo que sea menester para que el cuadro se reconozca como falso en el mundo entero, y la escena de esta mañana no habrá tenido otro resultado sino el de ponerme de malas con la marquesa y su chichisveo. Lo prefiero así. Vaya usted, pues, y no pierda minuto...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO KELYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

X

No hubiera creído ser tan buen profeta. Cuando después de muchas vueltas y yendo de un hotel á otro, hube encontrado por fin aquel donde habia bajado el coleccionista de Ultramar, un automóvil trepidaba ante la puerta. Era el suyo. Al pronto no me di cuenta de ello porque en las portezuelas, barnizadas de color amarillo, lucía un blasón, — con flores de lis sobre campo azul celeste. ¡Nada menos! He sabido después que *sir* Kennedy, como dicen los periódistas que no saben una palabra de inglés, — habia encontrado este blasón en casa de un fabricante de coches. Le habia parecido bonito y se lo habia atribuido sin vacilación de ninguna especie. « *Well you know, I fancy that crest* » (1). ¿Lo oye usted gangosear esta frasecita? Es como lo que decia aquel gran cinico de Casanova cuando se habia hecho de Seingalt: « El alfabeto es mio ». *El duque de Aumale* de Denver (Colorado) se hallaba en el momento en que me introdujeron en el salón, ocupado en pagar su cuenta. Averiguaba la suma con esa minuciosidad que los millonarios de su especie asocian con las más extravagantes prodigalidades. Se gastan con gusto cien mil francos en un capricho; pero no quieren que les roben quince céntimos. Se habia hecho traer la lista de los vinos y la cotejaba probando al confundido mayordomo que por un champagne, marcado en veinte francos en esta lista, le habian puesto veinticinco en la cuenta.

— Es una remesa que el dueño habia hecho reservar para él expofeso, decia el hombre, un italiano de la espe-

(1) Bueno. ¿Usted sabe? tengo el capricho de este blasón.

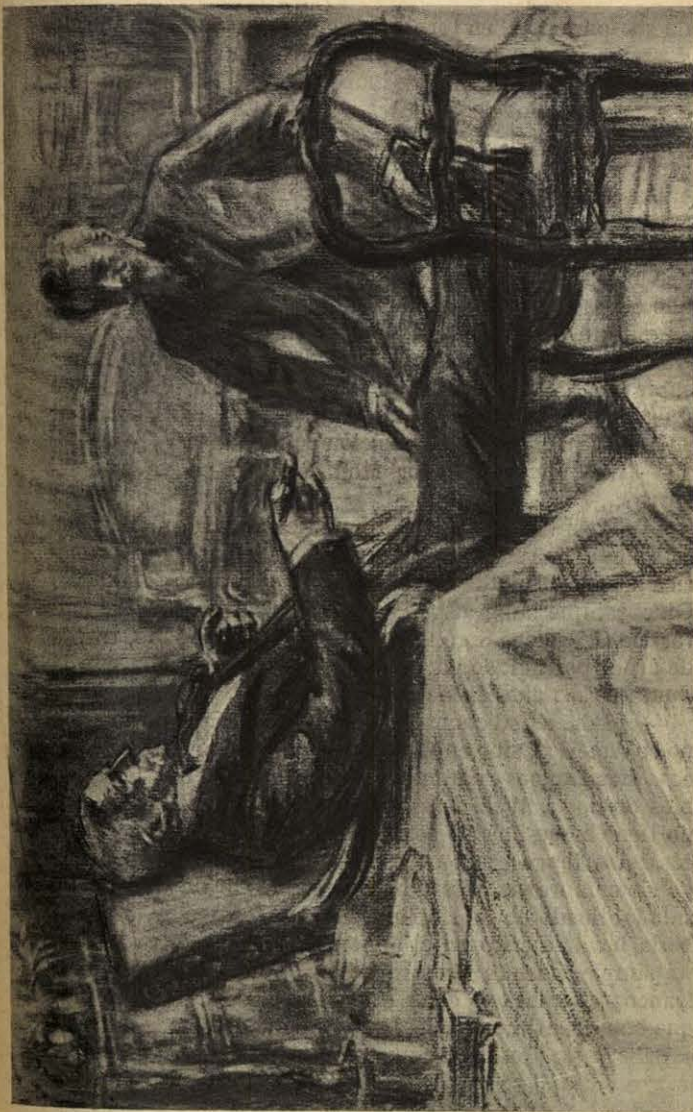
cie pesada. Son los más finos. Lo bonachón de su ancha cara de colgantes carrillos disimula mejor su picardía. « No lo doy nunca más que á Su Alteza Real el duque de A*** y nombraba á uno de los príncipes de la casa de Saboya. « De modo que como vuestra excelencia... »

— Mi excelencia le ha pedido champagne de veinte francos, contestó Kennedy. Usted borrará los cinco francos en la cuenta. Veinticinco veces cinco, son veinticinco dólares... Guárdese los con esto; y lanzó sobre la mesa otro billete. — Había un testigo. — El camarero en jefe hizo desaparecer el billete en uno de sus bolsillos, haciendo á este *Magnífico* moderno un saludo, ¡pero qué saludo! Aquella de las amigas de usted á la que llama con tanta intención *Snobinelle*, señora, jamás se ha inclinado tanto delante de un gran duque. Entonces Hennedy, volviendo á la ironía natural de un ciudadano de la libre América hacia el espíritu de servidumbre de la vieja Europa, dijo simplemente dirigiéndose á mí: (Había observado en la casa de la señora Ariosti que yo parecía saber el inglés):

— *The bow comes high* (1).

La aguda mirada del personaje traducía tanta advertida fineza, una expresión tan amargamente sarcástica marcábase en sus labios, que concebí la mejor esperanza para el resultado de mi gestión. Sin precaución oratoria alguna empecé á contarle, como á Varegnana el día antes, mi historia entera; sin embargo, no me pareció que tenía derecho á enterarle de lo que había observado acerca de las relaciones entre Courmansel, Cristina y Boudrón, y tampoco de la vergonzosa comedia representada aquella mañana por la señora Ariosti. El millonario había colocado tranquilamente sus pies en una silla para escucharme, después de encender un enorme cigarro puro muy negro, decorado con una sortijilla de papel rojo, tan blasonado como su automóvil. Había tomado lo que yo llamaría, si usted no fuera de la generación del *bridge*, — su fisonomía de *poker*. ¿No habrá usted dejado de oír nombrar este juego de mi juventud al cual debemos tres palabras: *bluff*, *bluffeur* y *bluffer*? Quizás cuando era usted una chiqueta, cuatro

(1) El saludo cuesta caro.



Querido señor Monfrey, ¿usted ve este cigarro? (pág. 74).

de sus parientes, en torno de una mesa con tapete verde, ilustraron estas palabras jugando sumas considerables « con sin triunfos » como decimos nosotros los pintamonas. No hay triunfos en el *poker*, pero usted me comprende; esto quiere decir: sin ninguna condición de suerte. Sus caras se esforzaban en permanecer impasibles ocultando hasta el esfuerzo mismo para lograrlo. Así estaba la faz afeitada y gris del americano mientras le demostraba la estafa de la cual había corrido riesgo de ser víctima. Así por lo menos pensaba yo. ¿Cómo hubiera podido suponer que á pesar de ser millonario, se enteraba con esa calma de que un cuadro pagado por él en setenta y cinco mil francos — la maquiavélica marquesa le había hecho subir hasta ese grado de la escala, — valía lo más cien dólares? Cuando terminé, me contestó en inglés, sin dejar su calma, ni tampoco su posición cómoda:

— *Well*, querido señor Monfrey. ¿Usted ve este cigarro?...

— Sí, contesté extrañado hasta el mayor grado. ¿Qué relación el *querido señor* Kennedy, para hablar á la americana como él, podía establecer entre el retrato del modelo Ginebra, que había llegado á ser la obra maestra del fantástico Cristóforo Saronno, y este mirífico habano, tronco de árbol perfumado, cuya extremidad mascujaba con la punta de sus dientes incrustados de oro?

— ¿Sabe usted cuanto me cuesta este cigarro, no aquí, no en América, sino en Cuba? Dos dólares. Más de diez francos, diez francos cuarenta y ocho céntimos con los cambios de hoy... *Well*. Imagine usted que un caballero que no tiene en su bolsillo estos diez francos cuarenta y ocho céntimos tenga gana de ese puro y procure impedirme que lo compre yo... Hará por persuadirme de que no ha sido fabricado en la Habana, sino en Hamburgo, y que debería llevar escrito en el anillo, en lugar de esta marca, un simple *made in Germany*. En vez de valer estos diez francos cuarenta y ocho céntimos, no valdría ya más que ocho céntimos ó cinco. — Déjeme usted concluir. El caballero (le traduzco muy mal, señora, el intraducible *dear old chap*) se ve ya pagando los cinco céntimos, tomando el cigarro y fumándolo delante de las narices del imbécil Ralph que le habrá creído bajo palabra... Por des-

gracia Ralph Kennedy entiende de puros. Está viendo que éste es de primera clase (usted conoce señora el eterno *first class* de los anglosajones). Se ha feriado el puro de dos dólares y se lo está fumando...

El sentido de este apólogo era tan insolente como claro, y al contárselo á usted, no comprendo cómo no he contestado á esa grosería del bromista *yankee* con un soberbio par de bofetadas á la francesa. Kennedy no me lo ocultaba, me tomaba por cómplice de Boudrón y Courmansel. Entre nosotros tres, habíamos formado, según él, un pequeño *trust* de depreciación en torno del cuadro que los dos coleccionistas se habían disputado á fuerza de dinero. En el asunto tenía yo el papel de falso testigo que se encarga de la mentira inicial. ¿Qué hubiera ocurrido, me pregunto, si este par de bofetadas se hubiera dado? ¿El millonario y yo nos hubiéramos boxeado á lo anglosajón? He practicado algo el box en mi juventud lo mismo que la *savate*. Trabajaba yo con un maestro que padecía de una extinción de voz y nada tan pintoresco como este atleta afónico que, al presentarme el pecho, exclamaba: « Pegue usted ahí con todas sus fuerzas, señor Monfrey » y esto lo decía con una voz apagada como la de un tísico. Sí, ¿qué hubiera ocurrido? ¿Qué noticia en la prensa la de un pugilato entre su humilde servidor y el *dilettante* americano! Ó bien, en virtud de este antiguo adagio « nobleza obliga » ¿hubiera creído deber á su *crest* el llevarme al terreno? ¿Me está usted viendo sacando la espada, á mi edad, por los hermosos ojos del retrato de Ginebra? ¿No hay en una comedia de Shakespeare un personaje que dice de sí mismo: « Soy aquel que muere estúpidamente »? En este caso la estupidez hubiera sido tanto mayor cuanto que esta insolencia del bebedor de champagne en bruto — ¡veinticinco botellas en una semana! — no iba acompañada de menosprecio alguno. Ese fué el motivo de mi placidez; por instinto comprendí este matiz. Kennedy no tenía en ningún modo intención de insultarme con ello, puesto que me dijo en seguida, que no le parecía de ninguna manera reprehensible este procedimiento de competencia. No se dejaba engañar y nada más, y tenía gran empeño en que yo lo supiera. Era el jugador de *poker*

que abate una berlanga cuadrada de ases, delante de un *bluffeur* desacertado.

— Sí, señor, insistió. He comprado el cuadro. Comprendo muy bien, querido señor Monfrey, que los señores Boudrón y Courmansel se encuentren molestos. Que siendo su amigo haya tenido usted la idea de desanimarme en la compra. Es tarde ya. He tomado mis precauciones y el cuadro saldrá de Italia. Está vigilado. La marquesa no me lo ha ocultado; pero mi automóvil anda cien por hora y reto á usted, al señor Boudrón, al señor Courmansel y á todas las Academias de Bellas Artes de la Península, á que averigüen dónde J. R. K. — había algo de *Yo el Rey* en su modo de pronunciar sus propias iniciales — ¡siempre el *crest* y las flores de lis! — dónde J. R. K. estará mañana. Ea, sin rencor, mi querido señor Monfrey. Haga usted el favor de anunciar al señor Courmansel, que no soy yo como la marquesa, un avaro de mis objetos. Tendrá la fotografía que desea para su libro. Se la mandaré desde París...

Á Dios pongo por testigo y á usted también, señora, — porque acabo de confesar con usted tan ingenuamente, — que había llegado al hotel del señor Ralph Kennedy con la firme voluntad de ponerlo al corriente acerca del verdadero valor del pretendido Cristóforo Saronno. Mi conciencia — mi « *yo* » escrupuloso, el famoso centro O del doctor Grassé había hecho callar todas las paradojas de los « *yo* » inferiores; esa anarquía poligonal condenada por el sabio profesor á obedecer humildemente. Había contado sin el prestigioso aferramiento del millonario. Viviendo desde muchos años solo con *boscards* había terminado por ni concebir ya siquiera que pudiera equivocarse él, J. K. R., el *prominent citizen* de Denver (Colorado), el fundador del *museo Kennedy* en esta ciudad. Es el nombre con el que ha bautizado su casa destinada á ser propiedad municipal después de su muerte. — ¿Que se hubiera dejado engañar por una marquesita italiana y comprado un cuadro falso con esta increíble subida de precio? ¡Quiá! Y este rapto en automóvil y estos ardidés de apache desplegados para engañar á los aduaneros académicos, el orgullo de contar luego más tarde á un reporter de *Chicago Mail* ó del *Minneapolis Herald* en su car

propio, en una parada de su tren especial al volver de su viaje por Europa, como Jasón volvió de Asia con el vellocino de oro — ¿hubiera renunciado á todas esas alegrías? ¡Quiá, otra vez! Más fácil sería pedirle que renunciase á los cincuenta ó cien millones de dólares que había conquistado en los cauchos, los cerdos salados, las minas de cobre y no sé qué más. Delante de esta asombrosa obstinación en rechazar el más indiscutible testimonio, he aquí que uno de los demonios poligonales volvió á jugar dentro de su servidor de usted. Un pintor, por muy arriba que esté, guarda en el fondo del alma algo del aprendiz que no pide más que renovar las alegres bromas de antaño. Primero me había parecido locamente alegre, luego siniestramente tenebrosa la atribución del retrato de la pequeña Ginebra al compañero imaginario de Andrea Solario. Me apareció de repente como una de las farsas más cómicas que hubiera jamás oído referir. Irresistible tentación me acometió de participar de ella. Había cumplido con mi deber diciendo la verdad á Kennedy. ¿No quería creerla? Bueno, ¡á su gusto! ¡Nadie más que él tenía que sufrir el error, y eso bien poco! Los setenta y cinco mil francos estaban entregados. Ni echaría de ver que faltaba esta suma en la cuenta corriente de su banquero. Este cuadro ya no sería vendido, mas ya que iba á pasar al museo Kennedy ¿qué importaba que figurase con un cartel con el nombre de un pintor que no ha existido jamás? Y yo, bonachón, contesté sin discutir más.

— ¿No pudiera yo tener también una fotografía del cuadro, señor Kennedy?

— Para usted, dijo con una ironía donde cabía también alguna sorpresa, con mucho gusto; pero ¿qué interés puede usted tener en este cuadro, mi querido señor Monfrey, ya que pretende ser falso?

— El interés de examinarlo más de cerca, contesté. He creído en el primer momento, como acabo de decirselo, conocer el cuadro hecho por mí. Pero cuando un aficionado de arte, que posee una colección mundial como usted, se obstina en afirmarme la autenticidad de una pintura, pido nuevo examen...

Usted ha leído reclamos americanos, señora. Usted

sabe que el menor elogio dedicado por el inventor á su producto, polvos para los dientes ó píldoras para los resfriados, neumáticos para bicicletas ó maquinillas para afeitarse, es siempre este : *¡beats everything in the world!* Tiene que batir un *record*, sea el que fuere, en el mundo. El epíteto con el cual había yo al azar magnificado la galería de Kennedy no era, pues, para desagradarle. Esta grosera lisonja provocó primero un empuje más vigoroso en las bocanadas de humo que seguía sacando á su cigarro obelisco. Amarga sonrisa crispó sus afeitados labios. Luego me dirigió esa mirada impenetrable que contiene desafío, chocarrería y esta cortedad arrogante que los americanos sienten con tanta frecuencia con los europeos. Menosprecian nuestras razas viejas, pero éstas los intimidan.

— *¡Well!* escapa usted con ingenio. También tendrá usted la fotografía. Si no se hubieran llevado el cuadro, yo se lo enseñaría con todo desahogo. Pero la fotografía bastará para convencerle de que es un original. ¿No se ofenderá usted de lo que le voy á decir?... añadió. Hice una señal de denegación, dijo entonces : « Si verdaderamente hubiera ese parecido con el cuadro que usted pintó en Roma hace veinticinco años, tendría usted otro lugar en el arte. » Me inclinó. — « Además hubiera usted conocido este cuadro al primer golpe de vista. Se le hubiese escapado un grito, un gesto... No hablemos más, los negocios son los negocios. Si no hubiera comprado el cuadro, tendría usted la suerte de hacerme dudar y de quitármelo. Pero lo he cogido. » A este punto de su discurso se echó á reír, esta vez en voz alta. Adelantando la quijada hizo el ademán de atrapar con la boca. « Sí, ¡lo agarré! repitió, y soy como los perros dogos : cuando clavo el diente, no suelto la presa.

XI.

Así es que ni el ladrón ni el robado, la señora Ariosti y Ralph Kennedy habían querido confesar : ella su estafa y él su... ¿cómo decir? ¡Vaya ! el pintamonas suelta la palabra... su majadería. Me seguía pareciendo la aventura tan divertida, que sentí el capricho de efectuar el mismo ensayo en Courmansonel. Completa resultaría la comedia si él tampoco quisiera creerme. Cuando después de los cincuenta años se echa uno á pilluelo, ya no se tiene medida. El hotel donde acababa de tener este extraordinario diálogo con el coleccionista de cuadros, no se hallaba muy lejos del mío. Almorcé de prisa en el primer, restaurant que hallé. Cogí un coche, impaciente por encontrar al joven antes de que saliese de su fonda. Sabía que á eso de las tres tenía que ir al museo Poloti-Pozzoli para comunicar á los miembros del comité de compras su opinión acerca de un cuadro que se les había ofrecido, en su calidad de « ¡autoridad » en materia de pintura lombarda ! Mientras que el *brumista*, como llaman á los cocheros en Milán — ¿el célebre lord Brougham, conocería su nombre así variado? (1), — apresuraba como podía á su caballo, me preparaba mentalmente á saborear un delicioso placer de mixtificación. Hay algo parecido creo en Musset :

C'est un chat qui taquine et qui tue à plaisir
Un misérable rat dont il a le loisir...

Yo no quería renovar la escena de Kennedy con el cual mi brusca franqueza había tenido tan mal éxito.

(1) Lord Brougham ha dado su nombre á un coche, de cuyo nombre los milaneses han sacado *brumista*.